

"Todo pasa. A cada uno le llega su hora.

- Todo permanece. Yo me voy. Vosotros... ya veremos."

Seguro que esto os recuerda alguna clase de Filosofía. ¿Con Elio Timón? ¿Con Manuel Ruiz Simal? ¿Quizá con Jesús Segura, el santo varón con pinta de buenajo despiestado, pero que había leído más de lo que se había escrito?

Esas palabras recuerdan el "Todo permanece" de Parménides de Elea, y el Πάντα ῥεῖ 'todo fluye' de Heráclito, que en mi época de estudiante empleábamos para indicar que andábamos algo o muy sueltos del vientre.

En realidad, son los dos últimos versos del poema "Tweves" del premio Nobel de Literatura de 1979, el poeta griego Odyseas Elytis.

Vital y académicamente he procurado sacarle el máximo jugo a todas las formulaciones clásicas de la vertiginosa fuga del tiempo, con sus efectos consiguientes: el pesimismo existencial; el ubi sunt? (¿dónde están?... qué se hizo de...), y su contrapartida, la invitación al disfrute de la vida, el Carpe diem.

El último ubi sunt? que he leído es de Manuel Vázquez Montalbán:

"¿Qué se hizo de Chevalier
y de John Fitzgerald Kennedy?"

Y quizá la más reciente formulación del Carpe diem podría ser la de la Asociación Humanista Británica:

"Probablemente Dios no existe. Deja de preocuparte
y disfruta de tu vida".

Pero os confieso que no acabé de entender a Heráclito - y quizá ni siquiera lo entiendo - hasta que me topé con el poema "Glosas a Heráclito", de uno de mis poetas favoritos, el asturiano Angel González, fallecido en enero del año pasado:

I

" Nadie se baña dos veces en el mismo río.
Excepto los muy pobres.

II

Los más dialécticos, los multimillonarios;
nunca se bañan dos veces en el mismo
traje de baño.